

Por el autor de *JUEGO DE TRONOS*

**GEORGE R.R.
MARTIN**

**EL DRAGÓN
DE HIELO**

Ilustraciones de VERÓNICA CASAS



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Todos en la aldea coinciden: Adara es una niña rara, una niña del invierno. Nació la peor helada que se recuerda y el frío se quedó para siempre con ella. Es fácil verla pasear sola por los campos helados o construir imaginarios castillos de arena y hielo. Nadie lo sabe, pero espera, impaciente, la visita del dragón de hielo. Adara no puede entender por qué todos le temen tanto si para ella es su mejor compañero de juegos. Con él se olvida de que el eterno enemigo del norte se acerca peligrosamente a la aldea y lo mejor sería huir a las tierras cálidas del sur...

L≡**LIBROS**

George R. R. Martin

El dragón de hielo

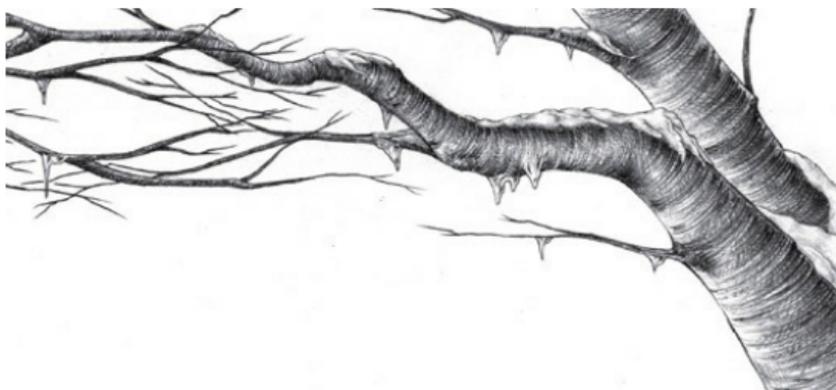
A Phipps,
a quien se le ocurrió primero,
con todo mi amor

CAPÍTULO 1



NIÑA DEL INVIERNO





Adara le gustaba el invierno por encima de todas las cosas, pues cuando el mundo se enfriaba llegaba el dragón de hielo.

No estaba segura de si era el frío el que llevaba al dragón de hielo o si era el dragón de hielo el que llevaba el frío. Era el tipo de pregunta que solía preocupar a su hermano Geoff, que era dos años mayor que ella y tenía una curiosidad insaciable, pero a Adara le daban igual esas cosas. Mientras el frío, la nieve y el dragón de hielo llegaran según lo previsto, era feliz.

Siempre sabía cuándo tenían que llegar gracias a su cumpleaños. Adara era una niña del invierno; había nacido durante la peor helada que todos recordaban, incluso Laura la Vieja, que vivía en la granja de al lado y se acordaba de cosas que habían pasado antes de que los demás nacieran. La gente todavía hablaba de aquella helada. Adara les oía a menudo.

También hablaban de otras cosas. Decían que había sido el frío de esa terrible helada lo que había matado a su madre, deslizándose a través de la gran lumbré que su padre había encendido durante su larga noche de parto, y colándose bajo las mantas que cubrían su lecho. Y decían que el frío había entrado dentro de Adara cuando estaba en el vientre, que cuando había venido al mundo tenía la piel azul claro y helada al tacto, y que desde entonces no había entrado en calor. El invierno la había tocado, le había dejado su marca y la había hecho suya.

Era cierto que Adara siempre estaba sola. Era una niña muy seria a la que rara vez le apetecía jugar con los demás. Era preciosa, decía la gente, pero su belleza era extraña y distante, con su piel pálida, su cabello rubio y sus grandes ojos azules. Sonreía, pero no muy a menudo. Nadie la había visto llorar. Cuando tenía cinco años, había pisado el clavo de un tablón escondido bajo un montón de nieve que le había atravesado el pie, pero ni siquiera entonces había llorado o gritado. Había sacado el pie y había vuelto andando a casa, dejando un reguero

de sangre en la nieve, y al llegar simplemente había dicho:

—Padre, me he hecho daño.

Los berrinches y los arrebatos de los niños normales no eran para ella.

Hasta su familia sabía que Adara era diferente. Su padre era un hombre grande y rudo como un oso que apenas necesitaba a la gente, pero siempre se dibujaba una sonrisa en su rostro cuando Geoff lo acribillaba a preguntas, y siempre tenía abrazos y risas para Teri, la hermana mayor de Adara, que era rubia y pecosa, y coqueteaba descaradamente con todos los chicos de la zona. De vez en cuando también abrazaba a Adara, pero sólo durante los largos inviernos. Sin embargo, en esas ocasiones no sonreía. Se limitaba a rodearla con los brazos y apretaba su cuerpecito contra él con todas sus fuerzas, lloraba desde lo más profundo de su pecho y derramaba grandes lágrimas por sus mejillas coloradas. Nunca la abrazaba durante el verano. Durante el verano estaba demasiado ocupado.

Todo el mundo estaba ocupado durante el verano menos Adara. Geoff trabajaba con su padre en el campo y le hacía continuas preguntas sobre esto y aquello, aprendiendo todo lo que un granjero tenía que saber. Cuando no estaba trabajando corría con sus amigos al río y buscaba aventuras. Teri llevaba la casa y cocinaba, y a veces trabajaba en la taberna que había junto al cruce de caminos durante la estación de mayor actividad. La hija del tabernero era amiga suya, y su hijo pequeño era algo más que un amigo para ella, y siempre volvía riéndose como una tonta y contando los chismes que había oído a los viajeros, los soldados y los mensajeros del rey. Para Teri y Geoff, los veranos eran la mejor época del año, y los dos estaban demasiado ocupados para hacer caso a Adara.



Su padre era el más ocupado de todos. Todos los días había que hacer mil cosas, y él las hacía y encontraba otras mil más por hacer. Trabajaba de sol a sol. Sus músculos se endurecían y se marcaban en verano, y todas las noches cuando volvía del campo apestaba a sudor, pero siempre llegaba sonriendo. Después de cenar se sentaba con Geoff y le contaba cuentos o respondía a sus preguntas, o le enseñaba a Teri cosas que ella no sabía sobre la cocina, o se acercaba a la taberna. Ciertamente era un entusiasta del verano.

Nunca bebía en verano, salvo un vaso de vino de vez en cuando para celebrar las visitas de su hermano.

Ese era otro motivo por el que a Teri y a Geoff les gustaba el verano, cuando el mundo era verde y cálido y rebosaba vida. Su tío Hal, el hermano pequeño de

su padre, sólo venía de visita en verano. Hal era un jinete de dragones al servicio del rey, un hombre alto y esbelto con cara de noble. Los dragones no soportaban el frío, de modo que cuando llegaba el invierno Hal y su ala volaban al sur. Pero cada verano volvía, radiante con el uniforme verde y dorado del rey, rumbo a los campos de batalla del norte y el oeste. La guerra había durado toda la vida de Adara.

Cada vez que Hal iba al norte, traía regalos; juguetes de la ciudad del rey, joyas de cristal y de oro, caramelos y una botella de vino caro que él y su hermano compartían. Sonreía a Teri y la hacía ruborizar con sus cumplidos, y entretenía a Geoff con sus historias de batallas, castillos y dragones. En cuanto a Adara, a menudo intentaba sacarle una sonrisa con regalos, bromas y abrazos. Casi nunca lo conseguía.

A pesar de su buen carácter, a Adara no le gustaba Hal; cuando Hal estaba en casa significaba que el invierno estaba lejos.

Además, cuando sólo tenía cuatro años, una noche los había oído hablando mientras bebían vino creyendo que ella llevaba mucho rato dormida.

—Es una criatura muy seria —dijo Hal—. Deberías ser más cariñoso con ella, John. No puedes culparla de lo que pasó.

—Ah, ¿no? —contestó su padre, con la voz pastosa del vino—. No, supongo que no. Pero me cuesta. Se parece a Beth, pero no tiene ni una pizca del calor de Beth. Lleva el invierno dentro, ¿sabes? Cada vez que la toco noto el frío y me acuerdo de que Beth murió por su culpa.

—Eres frío con ella. No la quieres como a los otros.

Adara recordaba cómo se había reído su padre entonces.

—¿Que no la quiero? No me digas eso, Hal. La he querido más que a nadie, mi niña del invierno. Pero ella nunca me ha correspondido. No siente nada por mí, ni por ti, ni por ninguno de nosotros. Es una niña fría.

Y entonces se había echado a llorar, aunque era verano y Hal estaba con él. Adara se quedó escuchando en la cama y deseó que Hal se marchara. Entonces no acabó de entender lo que había oído, pero no lo olvidó, y más adelante lo comprendería. No lloró; ni a los cuatro, cuando lo oyó, ni a los seis, cuando por fin lo entendió. Hal se marchó unos días más tarde, y Geoff y Teri le dijeron adiós con la mano cuando su ala pasó por lo alto, treinta grandes dragones en orgullosa formación contra el cielo estival. Adara se quedó mirando con sus manitas a los lados.

CAPÍTULO 2



SECRETOS EN LA NIEVE





Adara tenía una provisión secreta de sonrisas, pero sólo las gastaba en invierno. Estaba deseando que llegara su cumpleaños, y con él el frío. Y es que en invierno era una niña especial.

Lo sabía desde que era muy pequeña y jugaba con los demás en la nieve. El frío nunca le había molestado como a Geoff, a Teri y a sus amigos. A menudo se quedaba sola fuera de casa durante horas después de que los demás se hubieran marchado en busca de calor, o de que se hubieran ido a casa de Laura la Vieja a comer la sopa de verdura caliente que le gustaba preparar a los niños. Adara buscaba un escondite en un rincón alejado de los campos, un lugar distinto cada invierno, y allí construía un alto castillo blanco, colocando la nieve con las manos descubiertas y dándole forma de torres y almenas como las que Hal solía describir cuando hablaba del castillo del rey en la ciudad. Arrancaba carámbanos de las ramas inferiores de los árboles y los usaba a modo de agujas, barrotes y garitas, repartiéndolos por todo el castillo. A menudo, en pleno invierno, todo se deshela por un breve espacio de tiempo y volvía a helarse de repente, y de la noche a la mañana su castillo de arena se convertía en hielo, duro y resistente como ella se imaginaba los castillos de verdad. A lo largo de todo el invierno ampliaba el castillo, y nadie se enteraba. Pero siempre llegaba la primavera, y con ella un deshielo al que no le seguía ninguna helada; entonces todas las murallas y los muros se derretían, y Adara empezaba a contar los días que faltaban para su cumpleaños.

Sus castillos invernales casi nunca estaban vacíos. Con la primera helada de cada año, las lagartijas de hielo salían de sus madrigueras, y los campos se llenaban de diminutas criaturas azules que corrían como flechas de un lado a otro, pasando por encima de la nieve sin que pareciera que la tocaban. Todos los niños jugaban con las lagartijas de hielo. Sin embargo, los demás eran torpes y crueles, y partían en dos a los frágiles animalitos, rompiéndolos entre sus dedos como podrían romper un carámbano colgado de un tejado. Incluso a Geoff, que

era demasiado bueno para hacer algo semejante, a veces le picaba la curiosidad y sostenía las lagartijas demasiado tiempo mientras las examinaba, y el calor de sus manos las derretía y las quemaba hasta matarlas.

Las manos de Adara eran frías y suaves, y sostenía las lagartijas todo el tiempo que quería sin hacerles daño, lo que siempre empujaba a Geoff a hacer pucheros y preguntas airadas. A veces se tumbaba en la nieve fría y húmeda y dejaba que las lagartijas se arrastraran por encima de ella; disfrutaba con el suave roce de sus patas cuando le pasaban rozando por la cara. A veces llevaba lagartijas de hielo escondidas en el pelo mientras hacía sus tareas, aunque tenía mucho cuidado de no meterlas en casa, donde el calor de la lumbre las mataría. Siempre recogía las sobras cuando su familia acababa de comer, las llevaba al lugar secreto donde estaba construyendo su castillo y las esparcía allí. De modo que los castillos que construía estaban llenos de reyes y cortesanos todos los inviernos; pequeñas criaturas peludas que salían del bosque, pájaros invernales con el plumaje blanco y cientos y cientos de lagartijas de hielo que se retorcian y se movían con gran esfuerzo, frías, rápidas y gruesas. Adara prefería las lagartijas de hielo a cualquiera de las mascotas que su familia había tenido a lo largo de los años.

Pero al que de verdad quería era al dragón de hielo.



No sabía cuándo había sido la primera vez que lo vio. Le parecía que siempre había formado parte de su vida, una visión atisbada en pleno invierno, atravesando velozmente el cielo glacial con sus alas serenas y azules. Los dragones de hielo eran poco comunes, incluso en aquel entonces, y cada vez que

se dejaban ver, todos los niños señalaban con el dedo asombrados, mientras los mayores murmuraban y sacudían la cabeza. Cuando los dragones de hielo se acercaban a la tierra era señal de que se avecinaba un invierno largo y gélido. La gente decía que la noche que Adara había nacido se había visto un dragón de hielo volando a través de la cara de la luna, y desde entonces se había visto cada invierno; esos inviernos habían sido terribles, y cada año la primavera había tardado más en llegar. De modo que la gente encendía lumbres y rezaba y confiaba en que el dragón de hielo no se acercara, y eso llenaba de miedo a Adara.



Pero nunca daba resultado. Cada año el dragón de hielo regresaba. Adara sabía que iba por ella.

El dragón de hielo era enorme, la mitad de grande que los escamosos dragones de guerra verdes que montaban Hal y sus compañeros. Adara había oído leyendas sobre dragones salvajes más grandes que montañas, pero no había visto ninguno de esas dimensiones. Desde luego el dragón de Hal era bastante grande, cinco veces mayor que un caballo, pero era pequeño comparado con el dragón de hielo, y además feo.

El dragón de hielo era de un blanco cristalino, ese tono blanco tan intenso y frío que casi es azul. Estaba cubierto de escarcha, de modo que cuando movía la piel, ésta se rompía y crujía como cruje la capa de hielo de la nieve bajo las botas de un hombre, y se caían copos de escarcha.

Sus ojos eran claros, profundos y fríos.

Sus alas eran enormes y se parecían a las de un murciélago, teñidas de un pálido azul transparente. Adara podía ver las nubes a través de ellas, y a menudo

la luna y las estrellas, cuando la bestia revoloteaba trazando círculos de hielo por los cielos.

Sus dientes eran carámbanos, una hilera triple, lanzas dentadas de tamaño desigual cuyo blanco contrastaba con sus fauces azul oscuro.

Cuando el dragón de hielo batía sus alas, soplaban vientos fríos, la nieve se arremolinaba y se movía deprisa, y el mundo parecía encoger y temblar. A veces cuando una puerta se abría en el frío invierno empujada por una súbita ráfaga de viento, el propietario corría a cerrarla y decía:

—Un dragón de hielo vuela cerca.

Y cuando el dragón de hielo abría su gran boca y espiraba, no era fuego lo que salía de ella, el hedor ardiente y sulfuroso de los dragones menores.

El dragón de hielo escupía frío.

Cuando respiraba se formaba hielo. El calor desaparecía. Las lumbres se consumían y se apagaban, castigadas por el frío. Los árboles se helaban hasta sus almas pausadas y secretas, y sus ramas se volvían quebradizas y crujían a causa de su propio peso. Los animales se volvían azules, gemían y se morían, con los ojos saltones y la piel cubierta de escarcha.

El dragón de hielo escupía muerte al mundo; muerte y silencio y frío. Pero a Adara no le daba miedo. Ella era una niña del invierno, y el dragón de hielo era su secreto.

Lo había visto en el cielo mil veces. Cuando tenía cuatro años, lo vio en el suelo.

Estaba construyendo su castillo de nieve, y el dragón fue y se posó al lado de ella, en el vacío de los campos cubiertos de nieve. Todas las lagartijas de hielo huyeron. Adara simplemente se quedó quieta. El dragón la miró durante diez largos segundos, antes de volver a alzar el vuelo. El viento aulló a su alrededor y a través de ella cuando el dragón batió las alas para elevarse, pero Adara se sintió extrañamente exultante.

Volvió ese mismo invierno, más tarde, y Adara lo tocó. Su piel estaba muy fría, pero se quitó el guante de todas formas. Lo contrario no habría estado bien. Tenía un poco de miedo de que ardiera y se derritiera al contacto. De algún modo, Adara sabía que era mucho más sensible al calor que las lagartijas de hielo. Pero ella era especial, la niña del invierno. Lo acarició y finalmente le dio un beso en el ala que le hizo daño en los labios. Ese fue el invierno de su cuarto cumpleaños, el año que tocó al dragón de hielo.

CAPÍTULO 3



CADA VEZ MÁS FRÍO





El invierno de su quinto cumpleaños fue el año que se montó en él por primera vez.

El dragón de hielo volvió a encontrarla trabajando en otro castillo en otro lugar en el campo, sola como siempre. Ella lo vio llegar, corrió a donde se posó y se pegó a él. Ese año había sido el del verano en el que había oído a su padre hablando con Hal.

Permanecieron juntos varios largos minutos hasta que, al acordarse de Hal, Adara alargó el brazo y tiró del ala del dragón con su manita. El dragón batió sus grandes alas una vez y las extendió contra la nieve, y Adara subió gateando para rodear con los brazos su frío pescuezo blanco.

Y juntos, por primera vez, volaron.

Ella no tenía arreos ni látigo, como los que usaban los jinetes de dragones del rey. En ocasiones, el batir de las alas amenazaba con sacudirla del lugar al que estaba agarrada, y el frío de la piel del dragón se filtraba a través de su ropa y le cortaba y entumecía su piel. Pero Adara no tenía miedo.

Sobrevolaron la granja de su padre, y vio a Geoff muy pequeño abajo, sorprendido y asustado, y supo que no podía verla. Aquello le hizo soltar una risa gélida y cantarina, una risa radiante y fresca como el aire invernal.

Sobrevolaron la taberna del cruce de caminos, donde una multitud de gente salió a verlos pasar.

Sobrevolaron el bosque, todo blanco y verde y silencioso.

Volaron muy alto en el cielo, tan alto que Adara dejó de ver el suelo, y le pareció atisbar otro dragón de hielo, muy a lo lejos, pero no era ni la mitad de majestuoso que el suyo.

Volaron durante la mayor parte del día, y al final el dragón dio una gran vuelta a toda velocidad y descendió en espiral, planeando con sus rígidas y relucientes alas. La dejó en el campo, donde la había encontrado poco antes de que anoheciera.

Cuando su padre la encontró allí, se echó a llorar al verla y la abrazó ferozmente. Adara no lo entendió, ni tampoco por qué le pegó cuando volvieron a casa. Pero después de que ella y Geoff se hubieran acostado, oyó que él salía de su cama y se acercaba a la suya sin hacer ruido.

—Te lo has perdido todo —dijo—. Había un dragón de hielo, y todo el mundo

estaba asustado. Padre tenía miedo de que te hubiera comido.

Adara sonrió en la oscuridad, pero no dijo nada.

Voló a lomos del dragón de hielo cuatro veces más ese invierno, y cada invierno después de ése. Cada año volaba más lejos y más a menudo que el anterior, y el dragón de hielo se veía con más frecuencia en los cielos sobre la granja de su familia.

Cada invierno era más largo y más frío que el anterior.

Cada año el deshielo llegaba más tarde.

Y a veces había parcelas de tierra, donde el dragón se había echado a descansar, que nunca parecían deshelerse del todo.

Durante su sexto año de vida, circulaban muchos rumores en el pueblo, y se envió un mensaje al rey. No hubo respuesta.

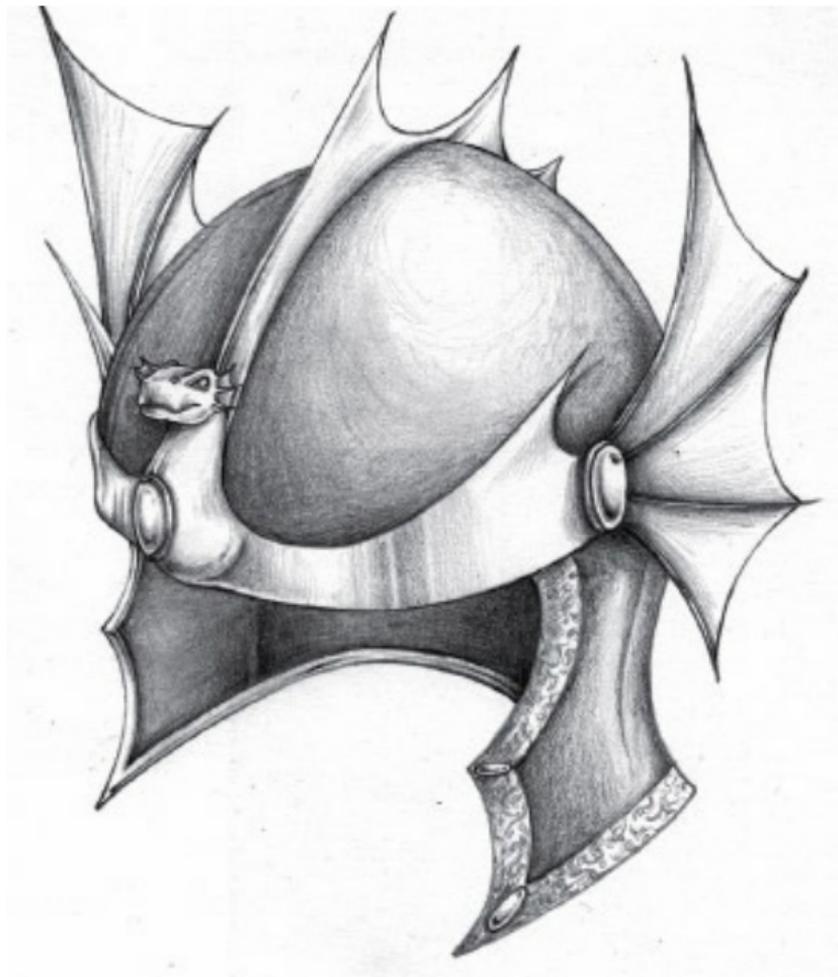
—Mal asunto, los dragones de hielo —dijo Hal ese verano cuando fue de visita a la granja—. No son como los dragones de verdad. No se les puede domar ni adiestrar. Se dice que a los que lo han intentado los han encontrado helados con el látigo y los arrees en la mano. He oído historias de gente que ha perdido las manos o los dedos sólo por tocarlos. La congelación. Sí, mal asunto.

—¿Por qué no hace algo el rey? —preguntó su padre—. Le mandamos un mensaje. Como no matemos a la bestia o la espantemos, dentro de un año o dos no tendremos estación de siembra.

Hal forzó una sonrisa.

—El rey tiene otras preocupaciones. La guerra no va bien, ¿sabes? El enemigo avanza cada verano y tiene el doble de jinetes de dragones que nosotros. Te lo aseguro, John, las cosas van mal. Un año de éstos no voy a volver. El rey no dispone de hombres para perseguir a un dragón de hielo. —Se rió—. Además, no creo que nadie haya matado nunca a una de esas cosas. Tal vez deberíamos dejar que el enemigo conquistara toda la provincia. Entonces el dragón de hielo sería de ellos.

Pero eso no sería así, pensaba Adara mientras escuchaba. Gobernara quien gobernase, el dragón de hielo siempre sería suyo.



CAPÍTULO 4



FUEGOS EN EL NORTE





Hal partió y el verano llegó y se fue. Adara contaba los días que faltaban para su cumpleaños. Hal volvió a pasar por su granja antes de que empezara a refrescar, cuando llevaba sus feos dragones al sur para pasar el invierno. Sin embargo, su ala parecía más pequeña cuando pasó sobrevolando el bosque ese otoño, y la visita de Hal fue más breve de lo habitual y acabó con una sonora pelea entre su padre y él.

—No se moverán durante el invierno —dijo Hal—. El terreno es demasiado peligroso en invierno, y no se arriesgarán a avanzar sin jinetes de dragones que los cubran desde lo alto. Pero cuando llegue la primavera no podremos contenerlos. Es posible que el rey ni siquiera lo intente. Vende la granja ahora, mientras todavía puedas conseguir un buen precio. Puedes comprar otro terreno en el sur.

—Esta es mi tierra —dijo su padre—. Yo nací aquí. Y tú también, aunque parece que lo hayas olvidado. Nuestros padres están enterrados aquí. Y Beth, también. Quiero que me entierren a su lado cuando muera.

—Morirás mucho antes de lo que te gustaría si no me haces caso —replicó Hal airadamente—. No seas tonto, John. Sé lo que esta tierra significa para ti, pero no merece la pena que pierdas la vida.

Siguió y siguió, pero su padre no se dejó convencer. Acabaron insultándose, y Hal se marchó a altas horas de la noche dando un portazo.

Adara, que había estado escuchando, había tomado una decisión. No importaba lo que su padre hiciera o dejara de hacer. Ella se quedaría. Si se iba, el dragón de hielo no sabría dónde buscarla cuando llegara el invierno, y si se marchaba al sur con su familia, no podría acudir a ella.

Sin embargo, sí que acudió poco después de su séptimo cumpleaños. Ese invierno fue el más frío de todos. Adara volaba tan a menudo y tan lejos que apenas tenía tiempo para trabajar en su castillo de hielo.

Hal volvió esa primavera. Sólo había una docena de dragones en su ala, y ese año no llevó regalos. Él y su padre se pelearon otra vez. Hal se puso hecho una

furia, suplicó y amenazó, pero su padre se mantuvo firme. Al final, Hal se marchó con rumbo a los campos de batalla.

Ese fue el año que se rompió la línea del rey al norte, cerca de una ciudad con un nombre largo que Adara no sabía pronunciar.

Teri fue la primera en enterarse. Una noche volvió de la posada encendida y alborotada.

—Ha venido un mensajero que iba a ver al rey —les dijo—. El enemigo ha ganado una batalla importante, y el mensajero va a pedir refuerzos. Ha dicho que nuestro ejército se está retirando.

Su padre frunció el ceño, y unas arrugas de preocupación se dibujaron en su frente.

—¿Ha dicho algo de los jinetes de dragones del rey?

Peleados o no, Hal era de la familia.

—Le he preguntado —dijo Teri—. Me ha dicho que los jinetes de dragones son la retaguardia. Tienen que atacar y quemar, retrasar al enemigo mientras nuestro ejército se retira. ¡Oh, espero que el tío Hal esté a salvo!

—Hal les enseñará lo que es bueno —dijo Geoff—. Él y Azufre los quemarán a todos.

Su padre sonrió.

—Hal siempre ha sabido cuidar de sí mismo. En cualquier caso, nosotros no podemos hacer nada. Teri, si aparecen más mensajeros, pregúntales cómo va.

Ella asintió con la cabeza; su preocupación no ocultaba del todo su entusiasmo. Todo era muy emocionante.

Durante las siguientes semanas, la emoción pasó cuando la gente de la zona empezó a comprender la magnitud del desastre. El camino real estaba cada vez más concurrido, todo el tráfico circulaba de norte a sur, y todos los viajeros vestían de verde y dorado. Al principio, los soldados marchaban en columnas disciplinadas, a las órdenes de oficiales con yelmos dorados, pero ni siquiera ellos resultaban imponentes. Las columnas marchaban con cansancio, los uniformes estaban sucios y raídos, y las espadas, las picas y las hachas que llevaban los soldados estaban melladas y a menudo manchadas. Algunos hombres habían perdido sus armas; avanzaban cojeando a tientas, con las manos vacías. Y las filas de heridos que seguían a las columnas con frecuencia eran más largas que las propias columnas. Adara estaba en la hierba al borde del camino observando cómo pasaban. Vio a un hombre sin ojos que caminaba apoyado en otro con una sola pierna. Vio a hombres sin piernas, sin brazos, o sin ambas cosas. Vio a un hombre con la cabeza abierta por un hacha y a muchos hombres cubiertos de sangre coagulada y mugre, hombres que gemían en voz baja mientras andaban. Olfató a hombres con cuerpos terriblemente verdosos e hinchados. Uno de ellos murió y fue abandonado al borde del camino. Adara se lo contó a su padre, y él y unos hombres del pueblo fueron a enterrarlo.



Pero sobre todo Adara vio a los hombres quemados. Había docenas de ellos en cada columna que pasaba, hombres con la piel negra y chamuscada cayéndose a tiras, que habían perdido un brazo o una pierna o la mitad de la cara por culpa del aliento caliente de un dragón. Teri les contó lo que decían los oficiales que paraban en la taberna para beber o descansar: el enemigo tenía muchísimos dragones.



CAPÍTULO 5



CENIZAS





>

Durante casi un mes las columnas circularon cada día más. Incluso Laura la Vieja reconoció que nunca había visto tanto tráfico en el camino. De vez en cuando, un mensajero solitario a caballo pasaba en la dirección contraria, galopando hacia el norte, pero siempre solo.

Al cabo de un tiempo, todo el mundo supo que no habría refuerzos.

Un oficial de una de las últimas columnas aconsejó a la gente de la zona que recogieran todo lo que pudieran llevarse y se dirigieran al sur.

—Se acercan —les advirtió.

Unos cuantos le hicieron caso, y durante una semana el camino se llenó de refugiados de las ciudades situadas más al norte. Algunos contaban historias terribles. Cuando se marcharon, les acompañaron algunos vecinos del pueblo.

Pero la mayoría se quedaron. Eran personas como el padre de Adara, y llevaban la tierra en la sangre.

La última fuerza organizada que recorrió el camino fue una desordenada tropa de caballería, hombres demacrados como esqueletos montados a caballos a los que se les marcaban las costillas. Pasaron con gran estruendo de noche, las monturas respirando agitadamente y echando espuma por la boca, y el único que se paró fue un joven oficial pálido, que detuvo a su caballo brevemente y gritó:

—¡Marchaos, marchaos! ¡Lo están quemando todo!

Y se fue tras sus hombres.

Los pocos soldados que llegaban después estaban solos o en pequeños grupos.

No siempre seguían el camino, y no pagaban las cosas que cogían.

Luego no llegó nadie. El camino quedó desierto.

El tabernero aseguraba que olía a ceniza cuando el viento soplaba del norte. Recogió a su familia y se fueron al sur.

Teri estaba agitada. Geoff estaba atónito y un poco asustado. Hacía miles de preguntas sobre el enemigo y se entrenaba para ser un buen guerrero. Su padre se encargaba de sus labores, ocupado como siempre. Hubiera guerra o no, él tenía cosechas en el campo. Sin embargo, sonreía menos de la habitual y empezó a beber, y Adara solía verlo mirando al cielo mientras trabajaba.

Adara vagaba sola por los campos, jugaba en medio del húmedo calor veraniego y pensaba dónde se escondería si su padre intentaba llevárselos.

Por último, llegaron los jinetes de dragones del rey, y con ellos Hal.

Había cuatro. Adara vio al primero y fue a decirselo a su padre. Él le puso la mano en el hombro y juntos observaron cómo pasaba un solitario dragón verde con una mirada ligeramente derrotada. No se paró ante ellos.

Dos días más tarde, aparecieron tres dragones volando juntos, y uno de ellos se separó de los otros y descendió dando vueltas a su granja mientras los otros dos se dirigían al sur.

El tío Hal estaba delgado, serio y pálido. Su dragón parecía enfermo. Tenía los ojos llorosos, y una de sus alas había sido parcialmente quemada, así que volaba torpemente, con mucha dificultad.

—¿Te irás ahora? —preguntó Hal a su hermano, delante de los niños.

—No. Nada ha cambiado.

Hal soltó un juramento.

—Llegarán aquí dentro de tres días —dijo—. Puede que sus jinetes de dragones lleguen incluso antes.

—Padre, tengo miedo —dijo Teri.

Él la miró, vio su temor, vaciló y se volvió de nuevo hacia su hermano.

—Me quedo. Pero, si no te importa, me gustaría que te llevaras a los niños.

Entonces fue Hal el que hizo una pausa. Se quedó pensativo un momento y al final negó con la cabeza.

—No puedo, John. Lo haría con mucho gusto si fuera posible, pero no lo es. Azifre está herido. Apenas puede conmigo. Si le añadiera más peso, puede que no llegáramos.

Teri se echó a llorar.

—Lo siento, cielo —le dijo Hal—. De verdad.

Apretó los puños de la impotencia.

—Teri es casi una adulta —dijo su padre—. Si ella pesa demasiado, lleva a uno de los otros.

Los hermanos se miraron con desesperación en los ojos. Hal tembló.

—Adara —dijo finalmente—. Es pequeña y ligera. —Forzó una risa—.

Apenas pesa. Me llevaré a Adara. El resto de vosotros coged caballos o un carro, o id a pie. Pero debéis marcharos.

—Ya veremos —dijo su padre sin comprometerse—. Tú llévate a Adara y mantenla a salvo.

—Sí —convino Hal. Se volvió y le sonrió—. Vamos, niña. El tío Hal te va a llevar a dar una vuelta en Azufre.

Adara lo miró muy seria.

—No —dijo.



Se volvió, salió por la puerta y echó a correr.

Por supuesto, Hal, su padre e incluso Geoff fueron detrás de ella. Pero su padre perdió el tiempo quedándose en la puerta y gritándole que volviera, y cuando echó a correr se movía torpemente, mientras que Adara era en efecto pequeña, ligera y veloz. Hal y Geoff continuaron persiguiéndola, pero Hal estaba débil, y Geoff no tardó en quedarse sin aliento, aunque corrió detrás de ella un rato. Cuando Adara llegó al campo de trigo más cercano, los tres estaban muy por detrás. Desapareció rápidamente entre el grano, y se pasaron horas buscándola en vano mientras ella se abría camino con cuidado hacia el bosque.

Cuando anocheció, sacaron linternas y antorchas, y prosiguieron con la búsqueda. De vez en cuando Adara oía a su padre maldiciendo y a Hal gritando su nombre. Se quedó en lo alto de las ramas de un roble al que había trepado, sonriendo al ver sus luces mientras peinaban los campos de un lado a otro. Finalmente, se quedó dormida y soñó con la llegada del invierno, preguntándose cómo viviría hasta su cumpleaños. Todavía faltaba mucho.

CAPÍTULO 6



HUYENDO DEL FUEGO





El amanecer la despertó; el amanecer y un ruido en el cielo.

Adara bostezó y parpadeó, y volvió a oírlo. Trepó a la rama más elevada, todo lo alto que el árbol le permitió, y apartó las hojas.

Había dragones en el cielo.

Nunca había visto bestias como éstas. Tenían unas escamas oscuras manchadas de hollín, y no verdes como las del dragón que montaba Hal. Uno era de color herrumbre, y otro, del tono de la sangre seca, y había uno negro como el carbón. Todos tenían los ojos como ascuas encendidas, expulsaban humo por los orificios nasales, y sus colas se movían de un lado a otro mientras sus alas oscuras y curtidas agitaban el aire. Cuando el de color herrumbre abrió la boca y rugió, el bosque se sacudió ante su provocación, e incluso la rama que sostenía a Adara tembló un poco. El negro también hizo un ruido, y cuando abrió sus fauces salió una lanza de fuego, toda naranja y azul, que alcanzó a los árboles del suelo. Las hojas se marchitaron y se ennegrecieron, y empezó a elevarse humo del lugar donde había caído el aliento del dragón. El de color sangre pasó cerca de Adara, con sus alas crujendo y tensándose, y su boca entreabierta. Entre sus dientes amarillentos Adara vio hollín y cenizas, y el viento que levantaba al pasar era como fuego y papel de lija, áspero y rasposo contra su piel. Adara se estremeció.

Sobre los lomos de los dragones había montados hombres con látigos y lanzas vestidos con uniformes de color negro y naranja, las caras ocultas tras yelmos oscuros. El del dragón color herrumbre apuntó con su lanza, señalando los edificios de las granjas distribuidos a través de los campos. Adara miró.

Hal acudió a su encuentro.

Su dragón verde era tan grande como los de los jinetes, pero de algún modo a Adara le pareció más pequeño al verlo elevarse desde la granja. Con las alas totalmente extendidas, saltaba a la vista lo gravemente herido que estaba; tenía la punta del ala derecha chamuscada y se ladeaba mucho al volar. Sobre su lomo, Hal parecía uno de los soldaditos de juguete que les había llevado de regalo años antes.

Los jinetes enemigos se separaron y lo atacaron por tres lados. Hal vio lo que estaban haciendo. Intentó girar, abalanzarse de frente sobre el dragón negro y huir de los otros dos. Su látigo se agitaba furiosa, desesperadamente. Su dragón verde abrió la boca y rugió un desafío, pero la llama que brotó de ella fue pálida y breve, y no alcanzó al enemigo.

Los otros cesaron el fuego. Y de repente, al dar una señal, sus dragones escupieron todos juntos. Hal se vio envuelto en llamas.

Su dragón emitió un gemido agudo, y Adara vio que bestia y amo estaban ardiendo. Se desplomaron y yacieron en el suelo echando humo en medio del trigo de su padre.

El aire estaba lleno de ceniza.

Adara estiró el cuello en la otra dirección y vio una columna de humo que se elevaba más allá del bosque y del río. Era la granja donde Laura la Vieja vivía con sus hijos y sus nietos.

Cuando miró atrás, los tres dragones oscuros descendían dando vueltas sobre su granja. Aterrizaron de uno en uno. Adara observó cómo el primer jinete desmontó y se dirigió sin prisa a la puerta.



Estaba asustada y confundida y, después de todo, sólo tenía siete años. El aire denso del verano le pesaba, la embargaba de impotencia e intensificaba todos sus temores. De modo que Adara hizo lo único que sabía, sin pensarlo, de forma

natural. Bajó del árbol y echó a correr. Corrió a través de los campos y entre el bosque, lejos de la granja y de su familia y de los dragones, lejos de todo. Corrió en dirección al río hasta que las piernas le dolieron. Corrió al lugar más frío que conocía, a las profundas cuevas situadas bajo los riscos del río, a su frío refugio y su oscuridad y su seguridad.

Y se escondió allí, en el frío. Adara era una niña del invierno, y el frío no le molestaba. Pero, aun así, temblaba en su escondite.

El día dio paso a la noche. Adara no salió de la cueva.

Trató de dormir, pero sus sueños estaban plagados de dragones ardientes.

Se acurrucó en la oscuridad y trató de contar los días que faltaban para su cumpleaños. En las cuevas hacía un frío agradable; Adara casi podía imaginarse que no era verano, sino invierno, o que faltaba poco para el invierno. Dentro de poco su dragón de hielo iría a por ella, y se iría montada en él al país del invierno eterno, donde grandes castillos de hielo y catedrales de nieve se alzaban perpetuamente en interminables campos blancos, y la quietud y el silencio lo eran todo.

Era como si estuviera en invierno allí tumbada. Parecía que la cueva se volviera más y más fría. Le hacía sentirse a salvo. Echó una breve siesta. Cuando se despertó hacía aún más frío. Una capa blanca de escarcha cubría las paredes de la cueva, y se encontraba sobre un lecho de hielo. Adara se levantó de un brinco y alzó la vista a la boca de la cueva, llena de la tenue luz del alba. Un viento frío la acarició, pero llegaba de fuera, del mundo del verano, no de las profundidades de la cueva.

Lanzó un pequeño grito de alegría y trepó con dificultad por las rocas cubiertas de hielo.

Fuera, el dragón de hielo la estaba esperando.

Había escupido sobre el agua, y ahora el río estaba helado, o al menos parte de él, aunque se veía que el hielo se estaba derritiendo rápido a medida que salía el sol estival. También había escupido sobre la hierba verde que crecía en las orillas, una hierba tan alta como Adara, y ahora las elevadas briznas estaban blancas y quebradizas. Cuando el dragón de hielo movió sus alas, la hierba se resquebrajó por la mitad y se partió, con un corte limpio digno de una guadaña.

La mirada glacial del dragón se cruzó con la de Adara, y la pequeña corrió hacia él, trepó por su ala y lo abrazó. Sabía que tenía que darse prisa. El dragón de hielo parecía más pequeño que nunca, y comprendió que se debía al calor del verano.

—Deprisa, dragón —susurró—. Llévame al país del invierno eterno. No volveremos nunca jamás. Te construiré el mejor castillo de todos, cuidaré de ti y te montaré todos los días. Llévame, dragón, llévame a casa contigo.

El dragón de hielo la oyó y comprendió. Sus amplias alas transparentes se desplegaron y agitaron el aire, y unos cortantes vientos árticos aullaron a través

de los campos estivales. Se elevaron. Lejos de la cueva. Lejos del río. Por encima del bosque. Arriba y arriba. El dragón de hielo giró hacia el norte. Adara vislumbró la granja de su padre, pero era muy pequeña y se volvía cada vez más pequeña. Se situaron de espaldas a ella y ascendieron.

Entonces un sonido llegó a los oídos de Adara. Un sonido imposible, un sonido demasiado tenue y lejano para que ella lo oyera, sobre todo por encima del batir de las alas del dragón. Pero lo oyó de todas formas. Oyó el grito de su padre.

Unas lágrimas calientes le corrieron por las mejillas y, al caer sobre el lomo del dragón, abrieron unos hoyuelos en la escarcha. De pronto, le empezó a escocer el frío bajo las manos, y al apartar una mano vio la marca que había dejado en el pescuezo del dragón. Se asustó, pero siguió agarrada.

—Da la vuelta —susurró—. Por favor, dragón, llévame de vuelta.

No veía los ojos del dragón, pero sabía el aspecto que tendrían. Su boca se abrió, y de ella brotó una columna de color blanco azulado, una larga y fría serpiente que se quedó flotando en el aire. No hizo ningún ruido; los dragones de hielo son silenciosos. Pero mentalmente Adara oyó su desesperado lamento de dolor.

—Por favor —susurró una vez más—. Ayúdame.

Su voz era débil y tenue.

El dragón de hielo dio la vuelta.

CAPÍTULO 7



FURIA HELADA





uando Adara regresó los tres dragones oscuros estaban en el establo, dándose un festín con las reses quemadas y ennegrecidas del ganado de su padre. Uno de los jinetes se hallaba de pie junto a ellos, apoyado en su lanza y azizando a su dragón de vez en cuando.

El jinete alzó la vista cuando una ráfaga de viento frío atravesó silbando los campos, gritó algo y echó a correr hacia el dragón negro. La bestia arrancó un último pedazo de carne del caballo de su padre, lo tragó y se elevó de mala gana. El jinete lo azotó con el látigo.

Adara vio que la puerta del establo se abría de golpe. Los otros dos jinetes salieron a toda velocidad y corrieron tras sus dragones.

El dragón negro rugió, y su fuego se encendió y arremetió contra ellos. Adara notó un calor ardiente, y un estremecimiento recorrió al dragón de hielo cuando las llamas se deslizaron por su barriga. A continuación, giró su largo pescuezo, fijó su torva mirada vacía en el enemigo y abrió sus fauces rodeadas de escarcha. De entre sus dientes helados brotó su aliento a chorros, y ese aliento era pálido y frío.

Alcanzó el ala izquierda del dragón negro como el carbón. La oscura bestia lanzó un estridente alarido de dolor, y cuando volvió a batir sus alas, el ala cubierta de escarcha se partió en dos. Dragón y jinete empezaron a caer.

El dragón de hielo volvió a escupir.

Antes de llegar al suelo estaban helados y muertos.

El dragón de color herrumbre y el de color sangre con el jinete que llevaba el torso desnudo se lanzaron sobre ellos. Los rugidos airados resonaron en los oídos de Adara, quien notó el aliento caliente de las bestias a su alrededor, vio el aire rielando del calor y olió el hedor a sulfuro.

Dos largas espadas de fuego se cruzaron en el aire, pero ninguna alcanzó al dragón de hielo, aunque la bestia se secó con el calor, y cada vez que agitaba las alas desprendía agua.

El dragón color sangre se acercó demasiado, y el aliento del dragón de hielo impactó al jinete. Su torso desnudo se volvió azul ante los ojos de Adara, y la humedad se condensó al instante y lo cubrió de escarcha. Gritó y murió, y cayó de su montura, aunque los arreos se habían quedado helados en el cuello de su

dragón. El dragón de hielo se acercó a él, entonando con sus alas la canción secreta del invierno, y una ráfaga de llamas chocó contra su ráfaga de frío. El dragón de hielo se estremeció una vez más y viró, al tiempo que goteaba. El otro dragón murió.

Sin embargo, el último jinete estaba ahora detrás de ellos, protegido con una armadura completa a lomos del dragón, cuyas escamas eran del color marrón de la herrumbre. Adara gritó, y justo entonces el fuego envolvió el ala del dragón de hielo. En un abrir y cerrar de ojos el fuego desapareció, pero con él también desapareció el ala del dragón, derretida, destruida.

El dragón de hielo agitaba violentamente el ala que le quedaba para frenar el descenso, pero cayó al suelo con un terrible estruendo. Sus patas se hicieron añicos bajo la criatura, su ala se partió por dos puntos distintos, y el impacto del descenso lanzó despedida a Adara de su lomo. La pequeña cayó a la tierra blanda del campo y rodó por el suelo, y luego logró ponerse en pie, magullada pero intacta.

El dragón de hielo parecía ahora muy pequeño, muy desmejorado. Su largo pescuezo se desplomó fatigadamente al suelo, y su cabeza reposó entre el trigo.

El jinete enemigo se acercó lanzándose en picado y rugiendo triunfalmente. Los ojos del dragón ardían. El hombre blandía su lanza y chillaba.

El dragón de hielo levantó penosamente la cabeza una vez más y emitió el único sonido que Adara le oyó jamás: un terrible grito tenue lleno de melancolía, como el sonido que hace el viento del norte al soplar alrededor de las torres y las almenas del castillo blanco que se alza vacío en el país del invierno eterno.

Cuando el grito se hubo desvanecido, el dragón de hielo escupió frío al mundo por última vez: un largo y humeante chorro de frío blanco azulado lleno de nieve y de silencio y del fin de todas las cosas vivas. El jinete del dragón se lanzó directo hacia él, blandiendo aún el látigo y la lanza. Adara observó cómo caía.

Entonces echó a correr, lejos de los campos, de vuelta a su casa, con su familia, corriendo todo lo deprisa que podía, corriendo y jadeando y llorando al mismo tiempo como una niña de siete años.

Adara no sabía qué hacer, pero encontró a Teri, cuyas lágrimas se habían secado para entonces, y liberaron a Geoff antes de desatar a su padre. Teri lo atendió y le limpió las heridas. Cuando los ojos de él se abrieron y vio a Adara, sonrió. Ella lo abrazó muy fuerte y lloró por él.



De noche su padre dijo que estaba en condiciones de viajar. Se marcharon sigilosamente al abrigo de la oscuridad y tomaron el camino real hacia el sur.

Su familia no le preguntó nada entonces, en esas horas de oscuridad y temor. Pero más tarde, cuando estuvieron a salvo en el sur, le hicieron un sinfín de

preguntas. Adara contestó lo mejor que pudo, pero ninguno la creyó, salvo Geoff, que se olvidó cuando se hizo mayor. Después de todo, ella sólo tenía siete años y no entendía que los dragones de hielo nunca se dejan ver en verano y no se pueden domar ni montar.

Además, cuando abandonaron la casa por la noche, no había ningún dragón de hielo a la vista. Sólo los enormes cadáveres oscuros de tres dragones de guerra y los cuerpos más pequeños de tres jinetes vestidos de negro y naranja. Y un estanque que nunca había estado allí, un pequeño estanque en calma cuya agua era muy fría. Lo habían rodeado con cuidado en dirección al camino.

CAPÍTULO 8



PRIMAVERA





S

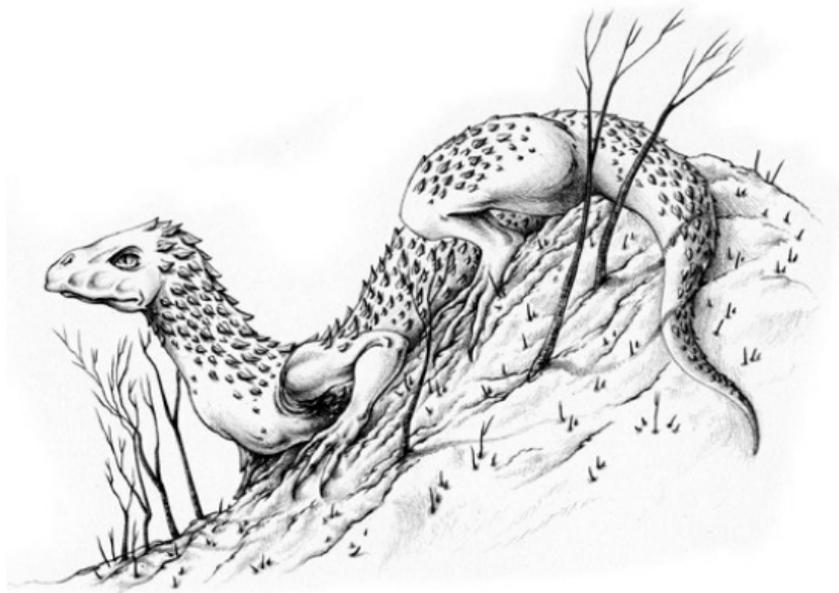
u padre trabajó para otro granjero durante tres años en el sur. Ahorraba todo lo que podía y parecía feliz.

—Hal se ha ido, y a mi tierra y a mí nos entristece—le decía a Adara—, pero he recuperado a mi hija.

Y es que el invierno había desaparecido de ella, y sonreía y se reía e incluso lloraba como las otras niñas.

Tres años después de que huyeran de casa, el ejército del rey aplastó al enemigo en una gran batalla, y los dragones del rey quemaron la capital extranjera. En la paz que siguió a ese enfrentamiento, las provincias del norte cambiaron de manos una vez más. Teri había recobrado el ánimo, y se casó con un joven comerciante y se quedó en el sur. Geoff y Adara regresaron con su padre a la granja.

Cuando llegó la primera helada todas las lagartijas de hielo salieron, como siempre. Adara las observaba con una sonrisa en los labios, recordando cómo eran las cosas antes. Pero no intentaba tocarlas. Eran criaturas frías y frágiles, y el calor de sus manos les haría daño.





GEORGE R. R. MARTIN. De nombre George Raymond Richard Martin, es licenciado en Periodismo por la Northwestern University en Evanston, obteniendo un master también en Periodismo en la misma universidad, y fue profesor de Periodismo en el Clarke Institute de Iowa. Durante varios años vivió en Hollywood, trabajando como guionista para la CBS en la que fue coproductor. Desde 1996, se dedica en exclusiva a la literatura. Ha recibido en varias ocasiones los premios Hugo, Nebula, Locus e Ignotus, y también el Bram Stoker.

De entre su obra cabría destacar, además de sus relatos cortos y novelas de ciencia ficción y horror, su saga fantástica *Canción de Hielo y Fuego*, de gran éxito internacional y que ha sido adaptada a la televisión por la productora HBO.